

sollozos y con muestras de un verdadero arrepentimiento; y acabada la confesion mandó marchar á la ciudad, y rogó al Br. Estrada no se quitase de su lado, y de cuando en cuando volvía al exámen de su conciencia y se reconciliaba con grandísimo sentimiento y lágrimas.

Á la entrada de la ciudad salió toda la gente de á caballo y las mujeres á pié á recibirle con harto llanto y sentimiento; y llegado el adelantado les abrazó y á su sobrina Magdalena de Alvarado, diciéndole se reportase, que todavía era vivo, que seria Dios servido no fuese nada, y que estando entre señores de tanta suerte quizá fuese curado, y que aquello que llevaba eran trances de guerra en servicio de Dios y su rey, que se consolasen mucho pues habian de tener las cosas fin, que Dios remediaria su mal, y que él estaba muy conforme con la voluntad de Dios en quien esperaba su remedio en el discurso de su vida; y así le llevaron á aposentar y curar en casa de Juan del Camino, como á casa de sus deudos; y habiendo descansado un poco, dijo que queria ordenar su alma, y así la ordenó haciendo su testamento cerrado ante Diego Hurtado de Mendoza, escribano público; y habiendo recibido los santos sacramentos con gran ternura y devocion, ordenó á sus capitanes y soldados que si Dios le llevase volviesen su armada á Guatemala y la entregasen á su mujer Doña Beatriz de la Cueva, y despachó mandamiento á los capitanes de las fronteras de Zapotlan, Autlan, Etzatlan y Chapala para que asistiesen en ellas, y no las desamparasen, hasta que el señor virey D. Antonio de Mendoza otra cosa mandase, el cual estaba haciendo levass para la pacificacion de los indios alzados, y que acabada de pacificar la tierra se fuesen, y que así se lo rogaba y suplicaba; y todos dijeron que harian lo que se les mandaba.

Ordenó que su cuerpo se depositase en la iglesia de la ciudad de Guadalajara, y de allí se trasladase al convento de Tiripitio, en Michoacan, del orden de S. Agustin. El testamento lo otorgó á cuatro de Julio, y ordenó que de Tiripitio lo llevasen al convento de Sto. Domingo de México; y para los gastos de llevarle y decir las misas y novenarios y hacer las honras y exequias, se vendiese en almoneda ó fuera de ella la parte que fuere necesaria de los bienes que tenia en Guadalajara ó en México; hizo otras cláusulas

y añadió que por cuanto estaba fatigado se remitía á D. Francisco Marroquin, obispo de Guatemala, con quien tenia comunicadas muchas cosas, para que acudiese al descargo de su conciencia, dejándolo por albacea y á Juan de Alvarado, vecino de la ciudad de México, que despues fué fraile agustino y vivió santamente, y ha obrado Dios por él milagros en el convento de México. Fueron testigos de hacer el testamento D. Luis de Castilla, Hernan Florez, Francisco de Cuellar, Alonso Lujan, Juan Mendez y Sotomayor; y demas del escribano principal, que fué Diego Hurtado de Mendoza, lo autorizó el escribano Baltasar de Montoya. Todo esto se hizo dentro de tres dias que llegó á la ciudad, y siempre fué empeorando: el gobernador le visitaba todos los dias, y estándolo visitando un dia le dijo el adelantado: « Señor gobernador, yo me voy acabando: sea Dios bendito: ya V. S. ve como he cumplido mi promesa y palabra de que primero me faltaria la vida, que yo desamparase este reino; ahora es tiempo, no me dejen un punto, que ya se abrevia mi partida. » Comenzaron todos á consolarle, y el sacerdote á su lado, tomó un Santo Cristo en la mano, diciendo: « Señor, la palabra os cumplí de defender vuestra causa y morir en ella: pídoos, Padre de misericordia, que cumpliendo la vuestra de perdonar al pecador al punto que se convirtiere á vos de todo corazon, me perdoneis; yo, mediante vuestra piedad, he hecho lo posible que á mi parte toca; » y habiendo dicho el Credo, diciendo, « Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu, » él mismo teniendo el Santo Cristo en la mano, llevó su boca á los santos piés, y espiró á cuatro de Julio del dicho año: y á tres de Julio, que fué un dia antes de morir, llovió sangre en Toluca. En vida y en muerte fué valeroso este insigne capitan, y su muerte fué tan llorada de toda la ciudad, que entre todos los españoles, niños, mujeres é indios naborios no habia sino lágrimas, y con mucha razon, pues por venir á socorrerlos murió. Fué enterrado honrosamente en una capilla de Nuestra Señora, en la ciudad, á mano izquierda, como entraban en ella, debajo del púlpito; despues llevaron sus huesos á Tiripitio, y de allí lo trasladaron á Sto. Domingo de México, y despues á Guatemala, adonde se le hicieron solemnes exequias. Esta es la verdad de todo lo sucedido en la muerte de este heroico capitan. Erró la Pontifical, el P. Torque-

mada y Fr. Antonio de Remesal en escribir el suceso, diciendo haber acaecido en Etzatlan ó en el cerro de Mochitiltic, entre la ciudad de Guadalajara y ciudad de Compostela, y que está enterrado en el pueblo de Etzatlan; y mucho mas erró Bernal Diaz del Castillo, diciendo que el caso sucedió en unos peñoles que se dicen Cochitlan, cerca de la villa de la Purificacion, de que no hay memoria en toda la tierra, y que allí le enterraron.

Despues el virey D. Antonio de Mendoza despachó por capitán de la armada á Rui López de Villalobos, caballero que vino en su compañía; y en esta jornada fueron trescientos cincuenta españoles y cuatro religiosos de S. Agustín; y con la muerte del adelantado quedó la ciudad de Guadalajara con treinta soldados no mas, porque los de D. Pedro de Alvarado se fueron á Zapotlan; y estando bien afligidos los vecinos por ver la fuerza del enemigo, llegó á fin de Julio el capitán Diego Vazquez de Buendia que habia ido á México por socorro, y el virey envió cincuenta hombres de á caballo, y por su capitán á Juan de Muncibay; y así que murió D. Pedro de Alvarado, viendo el gobernador Cristóbal de Oñate el mal estado en que estaban las cosas de la guerra, porque de la gente que trajo el adelantado habian muerto los treinta, y él con ellos, y que los setenta que quedaban querian irse, y no quedaban en la ciudad sino veinticinco de á caballo y de á pié, mandó á los setenta que si se habian de ir se declarasen, y si no que se quedasen debajo de su mando y gobierno, porque él con los vecinos que tenia en la ciudad le bastaban hasta que el virey mandase socorro con Diego Vazquez, que no se le daba nada por ser muy bisoños en la guerra; y así que el gobernador mandó esto, se fueron casi todos los mas á las fronteras, que no quedaron sino muy pocos, pero esos buenos soldados, los cuales fueron Antonio de Aguiar, Diego Delgadillo, Juan de Bellosillo, Juan Cantoral, Francisco de Batidor y Cristóbal de Estrada, Alonso de la Vera, Juan de Virrierza y su hijo Tomás de Virrierza, Pedro Rodriguez, Pedro de Céspedes; y estos quedaron por tener hermanos y deudos en la ciudad, y ser de una tierra; con los cuales y con los vecinos de la villa habia treinta y cinco soldados; y viendo el gobernador las cosas como habian sucedido, envió un correo al virey á darle aviso de la muerte del adelantado Alvarado y de la rota de su campo, y como en la

mayor necesidad lo habian dejado los soldados del adelantado é idose á las fronteras, y que tenia entendido que los capitanes de ellas las habian de desamparar é irse, y que suplicaba á Su Señoría les detuviese, porque si se fuesen seria la total destruccion de la Nueva España, porque los enemigos estaban muy triunfantes, y que si entendiesen que los capitanes se iban de las fronteras, cobrarían mas ánimo y se alzarían los que no lo habian hecho, y que de continuo esperaban los indios en la ciudad, y se velaba.

Y habiendo dado aviso al virey, tres días despues entró Diego Vazquez con el socorro que fué á pedir, por fin de Julio del año de mil quinientos cuarenta y uno, con cincuenta hombres de á caballo, y por capitán de ellos Juan de Muncibay y un hidalgo, y con su llegada se alivió la pena que causó la ida de los de Alvarado: recibiólos el gobernador muy bien, hízolos hospedar con los vecinos de la villa, y el virey le escribió el socorro que le enviaba, y que si fuese menester mas y su persona, lo enviaria y vendria, y que viviese con mucha vigilancia y buen orden en todo y no se descuidase un punto, y otros avisos que en semejantes casos se requieren. Llegó la triste nueva de la muerte de D. Pedro de Alvarado al virey, y sintiéndola grandemente, avisó á Guatemala; y como los enemigos estaban tan prósperos y soberbios con las victorias que habian tenido, y se iba todo lo que estaba de paz cada dia levantando, temiéndose que con la muerte de Alvarado, y viendo que faltaba un capitán á quien tanto temian los indios, que temblaban de oír su nombre en toda la Nueva España, porque le tenían por hombre inmortal, y que los indios de México con la nueva que tenían de que habia muerto el Sol, que así llamaban á D. Pedro de Alvarado, por las grandes victorias que de ellos alcanzó, tuvieron algunas alteraciones é hicieron algunas demostraciones de guerra, alegando que pues el capitán mas valeroso que tenían los castillas era muerto por los toches y cascanes, villanaje de los mexicanos, á quienes su dios cuando los guiaba para darles las tierras que les tenia prometidas en el puesto donde poblaron la ciudad de Tenochtitlan, que ahora es México, segregó de los pulidos mexicanos, y los pobló en los valles de Tlaltenango, Xuchipila y Nochistlan, Teocaltiche y Teul con todas sus jurisdicciones y comarcas, que ellos que eran mas valientes guerreros y mas

diestros, debían consumir los españoles y echarlos á España; y vistas por el virrey tantas alteraciones, procuró con diligencia y maña sosegar estos rumores, y habiéndolos quietado determinó salir en persona de la ciudad de México á cortar la raíz del mal que padecían los cercados y del daño y ruína que amenazaban, para lo cual tocó cajas y alistó quinientos españoles de á pié y de á caballo, en que iban la flor y nobleza de la Nueva España, queriendo ir con él casi toda la ciudad á esta jornada. Asimismo sacó diez mil indios amigos mexicanos, y estando en esto envió correos á todas las fronteras adonde D. Pedro de Alvarado habia puesto presidios y capitanes, mandándoles no hiciesen mudanza hasta que él otra cosa ordenase, y que la armada en el puerto se estoviese y no saliese de allí, y así lo hicieron.

Viendo el capitán Oñate que tenia ochenta y cinco hombres con los que trajo el capitán Muncibay, y que tenia número bastante para defenderse de los enemigos, si viniesen, que ya tenia noticia seria para todo Setiembre, y que toda la tierra se concertaba para ir sobre la ciudad, y que los que trataban mas de esto eran los del río y valle de Xuchipila hasta Xalpa, y los del valle de Tlaltenango de cabo á cabo, y el valle de Nochistlan, y la nación tequex de Mitic, Acatic, valle de Tlacotlan y barrancas, y que todos confederados trataron, para que no se les fuesen los españoles, con los caciques de Matatlan tomasen la mano y procurasen que se alzase el pueblo de Atemaxac y el de Tonalá y el de Ixcatlan, que está en el paso del río, para que los españoles no se les pasasen hácia Compostela, y que el cacique de Matatlan, guardando el órden que le dieron, fué al pueblo de Tonalá y les dijo que se alzasen, porque de esa suerte acometerian los cascanes á la ciudad, y yéndose á favorecer de ellos los españoles, allí los acabarian y quedarían libres y señores; y que los de Tonalá habiendo oido estas razones, dijeron no querían ser en ello, porque los españoles eran sus amigos; y que no les cuadrando cosa de la respuesta fueron los embajadores al pueblo de Atemaxac y trataron el caso con un cacique que se llamaba D. Juan de Saavedra, el cual lo recibió bien, y dijo se haria como lo ordenaban; de allí fueron al pueblo de Tequisitlan y Copala, y habiendo tratado el caso con ellos, vinieron en lo que decían; pero viendo que estos no eran bastantes para

coger á los españoles en el río, y que esto consistia mas en los indios de Ixcatlan, fueron y trataron el negocio con el cacique, y luego vino en ello; y sabido lo que pasaba por otro indio que se llamaba D. Francisco Ganguillas, por ser muy tartamudo y ganguillar un poco cuando hablaba, se fué al cacique y le dijo, que qué era lo que habia hecho en dar su palabra de alzarse contra los españoles, que él y los demás del pueblo no querían ser en tal conspiracion, que mejor era prendiesen á los de Matatlan y los llevasen al gobernador Oñate que estaba en la ciudad, tres leguas del pueblo; y el cacique se enojó de ello y dijo que no se tratase cosa alguna; y despues D. Francisco Ganguillas emborrachó á los mensajeros de Matatlan, y los prendió y maniató, que eran treinta, y con cien indios de guarda los llevaron presos á la ciudad; y á la entrada viendo los españoles escuadron de indios y armados, entendiendo que los enemigos venian, algunos de á caballo salieron á ellos llevando por caudillo á Francisco Delgadillo, y conocieron ser los indios de Ixcatlan, y Francisco Delgadillo preguntó al indio: «¿Qué es esto, D. Francisco?» «Señor, aquí traemos presos á estos indios de Matatlan porque nos venian á insistir nos alzásemos y tomásemos el paso del río para mataros allí, y porque nosotros no lo hemos de hacer los traemos aquí: treinta son, sabed la verdad y haced justicia.» Llevaron los treinta indios al gobernador, el cual hizo todas las diligencias posibles por averiguar la causa, y ellos confesaron ser así, y dijeron en sus confesiones el día que habian de ir á la ciudad los enemigos, y como el cacique de Atemaxac, Saavedra, y de Copala y Ixcatlan y Tequisitlan eran en ello; y mandó ahorcar y hacer cuartos á los treinta, y esta justicia se hizo á los seis de Setiembre del año de mil quinientos cuarenta y uno; y luego envió á Atemaxac y á los demás pueblos por los culpados, y habiéndoselos traído, luego confesaron su delito y traicion, y mandó hacer justicia de los caciques, con que se supo el cuándo los enemigos habian de dar en la ciudad, y como venia toda la tierra á quemar á los españoles; lo cual entendido por el gobernador, á todos los vecinos, alcaldes y regidores citó á cabildo abierto, y estando juntos les dijo: «Señores: para lo que he llamado á Vds. es para que tratemos de nuestra defensa y remedio; ya Vds. han visto los rebatos, batallas y victorias que

han tenido los indios nuestros enemigos con nosotros, y que están muy alzados y soberbios, por estar acostumbrados á conseguillas; tengo para mí que vendrán á esta ciudad contra nosotros en todo el mes de Setiembre, porque así me lo han dicho, ó para el principio de Octubre, y que el no haber venido antes ha sido por las aguas; paréceme que estamos ya en el mes, y que será bien que todos se aperciban para que esta villa no se destruya y perezcan mujeres y niños sin poderlo remediar, y todos nosotros; que aunque algunos escapemos, sería gran mal para toda la Nueva España; no sé que otro medio se haga, pues somos tan pocos para tanta multitud de gentes enemigas, si no nos fortalecemos muy bien hasta que venga el señor virey, de manera que nos sustentemos si nos cercaren, pues su venida sé cierto será breve, y cuando nos cerquen no será el cerco tan largo que nos ha de faltar socorro, porque lo tendremos con mas brevedad de lo que pensamos, ayudándonos los que estamos, y hagamos de nuestra parte lo que conviene, hasta que Dios provea de su misericordia; y irnos á Tonalá no lo tengo por acertado, porque tan grandes perros son unos como los otros, y estando entre nuestros enemigos no tenemos de quien fiarnos sino de nuestro Padre Dios; y pues en esta ciudad hay muy buenas casas, escójase la mejor ó la que fuere menester, y hágase una casa fuerte con sus troneras, y con la artillería que hay se defiendan las cuatro calles, que con que se pongan los cuatro tiros de artillería en las troneras cada dos, se defenderá la casa fuerte hasta que el virey venga; y luego mandó que se hiciese, y luego cogieron las casas del capitán Juan del Camino, con otras que eran de Juan de Castañeda, y otras del capitán Diego Vazquez, y las incorporaron y hicieron una cuadra á un lado de la plaza, y hicieron un gran patio adentro y alzaron las paredes de adobe fuerte tres tapias en alto, y por de dentro pusieron sus barbacañas de madera para desde allí pelear los soldados é indios amigos naborios que tenían, con sus palizadas de vigas fuertes; y á las dos esquinas de la casa fuerte hicieron dos torres con sus troneras, que cada una guardaba dos calles y cogian toda la casa, con que se vino á hacer un fuerte al parecer bastante prevenido: HECHO esto se recogió la pólvora que habia, que sería hasta dos barriles no mas, y mandó Oñate se pusiese en las troneras, y mandó aderezar la ar-

tillería y ponerla do habia de estar, y que el Br. Bartolomé de Estrada, que estaba allí por vicario, y Alonso Martín, cura, tomasen á su cargo el encomendarlos á Dios con muchas veras, y hacer procesiones y plegarias en la iglesia para que Nuestro Señor los librase de tan gran furia de enemigos como venian á consumirlos y acabarlos, para lo cual se confesaron y comulgaron todos con muchas lágrimas y devocion, y cada dia hacian procesiones en la iglesia, pidiendo y suplicando á Nuestro Señor y á su Madre bendita les librase de la ruina que esperaban, porque cada dia tenían nuevas que venian los enemigos.

Es muy de ponderar cuáles estarían los pobres españoles y mujeres, sin socorro sino el de Dios y aquellos pocos que allí estaban para tantos enemigos como esperaban y que venian á destruirlos; pero como tan prevenido el gobernador Cristóbal de Oñate, mandó que de noche y de dia hubiese guarda de soldados y gente de á caballo, así en la villa como por los caminos, para ver si los enemigos venian. Hechas estas prevenciones de buen capitán y valeroso, que cierto lo era y muy cabal en todo, y esto le valió como adelante se dirá, los indios que tenían de servicio para ir por leña para guisar de comer y yerba para los caballos, dijeron que los indios del pueblo de Tlacotlan, que era de tres mil, se lo impedían, y los amenazaban que si llevaban leña y yerba á los españoles los habian de matar. Estaba este pueblo una legua de la ciudad, y confiaban en él los españoles en la rota que esperaban, en el cual se hacia un gran mercado, y de ordinario los soldados iban á él á pié y á caballo para comprar en él lo que habian menester; pero sabido por el gobernador mandó que de ahí adelante fuesen armados y con recato, y viesen lo que pasaba; y habiendo ido los soldados al pueblo y mercado, no hallaron persona en él, antes le vieron despoblado, y andando por el pueblo encontraron con un indio de los naborios que les dijo: «Señores soldados, ¿qué buscáis? mirad que no hallaréis á nadie porque todo este pueblo se ha alzado y se ha huido la gente, y á mí me prendieron porque cogia yerba para llevar á la ciudad, y queriéndome matar mandó un cacique no me mataran y me dejasen ir, pues presto yo y mis compañeros y los españoles á quien serviamos lo pagarian todo por junto.» Los soldados llevaron al indio á la ciudad porque no lo mata-